

AGUSTÍN MILLARES, MAESTRO¹

JOSÉ A. MOREIRO GONZÁLEZ
Director del Seminario “Millares Carlo”
Centro Asociado de la UNED
Las Palmas de Gran Canaria

Es posible que a lo largo de mi vida profesional no se me presente nunca una ocasión más satisfactoria y más comprometida que ésta. Acudo a este discurso con el enorme honor de hablar ante ustedes del asunto que más me puede motivar. Pero lo hago después de escuchar estos días las reflexiones de todos los excelentes profesores y compañeros que me han precedido y que tanta información han aportado sobre la persona y el sabio a quien se tributa este Congreso. Aparecer en último lugar dificulta mucho trasladarles a uds. alguna novedad. Añadamos a ello que hoy debo hablar en casa, en mi casa académica, donde inicié mi conocimiento de don Agustín Millares, y que lo hago desde la misma mesa en que atendí a mis primeros alumnos, doce años atrás. Y que además debo tratar la figura de un maestro, también el mío, a cuyo estudio he atendido en dedicación extensa, que sin duda me ha hecho sobrepasar el límite de la objetividad, tal es el cariño que su figura me inspira. Si consideramos todos estos elementos vemos que sólo podré salir al paso con un gran atrevimiento, y pidiendo disculpas por pretender dialogar con un gran Maestro desde la escasa cota que en comparación suya ha logrado mi aprendizaje intelectual.

Como he empezado personalizando mi presencia ante ustedes, quiero plantear de entrada lo que de homenaje particular tiene esta cita. Curiosamente, mi primer recuerdo de Millares va unido al recelo. El que sentía un estudiante de cuarto de carrera al dirigirse a un Catedrático solemne, nada menos que de la Universidad Central de Madrid, cuyo nombre era uno de esos muchos que pueblan la mitología escolar, y de quien cabía esperar cualquier gesto desmesurado. El Director de este Centro Asociado me había comisionado para convencerle

¹ Conferencia de clausura del Congreso “Agustín Millares Carlo: Maestro de medievalistas” (1893-1980), pronunciada el 21 de mayo de 1993 en el Centro Asociado de la UNED de Las Palmas de Gran Canaria.

de que saliese al menos cada quince días de su bastión en “El Museo Canario”, y se dignase encauzarnos por los trazos de las viejas escrituras. Cuando, después de la entrevista, salí a la calle del doctor Chil, su gentileza y amable trato me habían ganado, pues lejos de las dificultades que esperaba hizo su ofrecimiento con sencillez y sin exigencias.

Ya discípulo suyo, confirmé pronto su carácter comunicativo y abierto, desde el que atraía con fuerza mi atención, pues lo conjugaba con la claridad expositiva que concede el dominio de la disciplina que se explica. La amenidad de su palabra nacía de los excelentes comentarios con que instruía cada perfil contextual al que le llevaba la transcripción documental. El acceso técnico al contenido de las láminas paleográficas, se volvía para mí casi anécdota ante el atractivo de la explicación histórica y humana a la que su memoria era referida. Su tono de voz pausada, su fina observación, la sutilidad de los planteamientos, su extrema modestia y su método exacto hacían que la clase pasase en volandas. Conjugaba los dos factores que vuelven atractivo y eficaz a un profesor: el sistema y los modos. El primero se basaba en una intensa erudición, que sabía aproximar con gran claridad a los alumnos, en la preparación exhaustiva del material, en su puntualidad y cumplimiento a ultranza. Los modos se determinaban por su deferencia de trato, por la cordialidad de su recepción, por el calor humano que se palpaba en la clase. No es de extrañar que el entusiasmo con el que vivía las Letras se contagiase a quienes disfrutábamos de su magisterio.

Siempre que después he buscado su permanencia en mi memoria, le recuerdo recreando apaciblemente cualquier exposición, exquisitamente culto en su expresión, dotado de finísimo ingenio, de maneras gentiles y de ánimo jovial. Pese a lo cual, creo no exagerar si afirmo que lo que más me atrajo fue la bondad que su persona emitía. Agustín Millares era, en el mejor de los sentidos, una persona buena.

Quiero destacar una última observación sobre su magisterio desde mi experiencia personal. Fue el influjo constante ejercido durante los casi cinco años en que completé las investigaciones de doctorado estudiando su vida y su obra. Sin duda recibí de sus manos el legado técnico de lo bibliográfico, el interés por los fondos referenciales, la dedicación a facilitar el acceso a la información. Por ello le debo incluso la posibilidad de mi actual situación profesional. Por su medio, vía Félix Sagredo, director entonces del Seminario Millares Carlo, enlacé mi docencia con el área de Biblioteconomía y Documentación. Por lo que siempre seré deudo agradecido de su influjo y enseñanzas.

Si consideramos la docencia desde la solidez de los hechos, apreciaremos que ésta se revela como la característica biográfica más destacada en nuestro mentor. A ella se dedicó desde 1915, recién acabada la carrera con sólo veintidós años, prolongándose hasta 1979, meses antes de su muerte. La docencia fue su profesión y su “modus vivendi” a lo largo de sesenta y cuatro años. Y si él se entregó de lleno a su cumplimiento, ella fue el asidero en las azarosas peripecias por la que transcurrieron sus años.

Su primer empleo fue, cómo no, para explicar Paleografía mientras esperaba a ocupar en 1915 la auxiliaría de Américo Castro cuando éste accediese a la cátedra. Ese mismo año alcanzó Millares las cátedras de Latín del Ateneo y de la Residencia de Estudiantes. El Latín, otro de sus grandes amores, que a punto estuvo de fijar su destino en Las Palmas, pues cuando se creó el Instituto General y Técnico fue nombrado Catedrático Interino. Lo impidió la tercera de sus preferencias disciplinares, ya que a causa de una enfermedad, Cayo Ortega asintió a que el joven Agustín se ocupase como auxiliar de su cátedra de Bibliología. Sin embargo, la garantía de solvencia económica no llegó hasta 1919, cuando ganó la oposición de archivero municipal de Madrid, dedicación que se añadió a la auxiliaría en la Universidad y a las clases de Latín en el Ateneo y en el Instituto Escuela.

Resulta curioso comprobar cómo la enseñanza de la disciplina más clásica, el Latín, va unida en la vida de Millares a las manifestaciones más evidentes de su ideología, tanto docente como política. Latín explicaba en el Ateneo, y en el Instituto Escuela, dependiente de la Junta para la Ampliación de Estudios, centros éstos que irradiaron a la sociedad su convencido republicanism, y defendieron la transformación del sistema educativo español. Sin duda en ellos vivió Millares su mayor protagonismo de oposición al sistema de la Restauración, realizando incluso allí las escasas participaciones políticas activas. La Residencia de Estudiantes supuso también el contacto con la Generación del 27, en especial a través de las tertulias a las que acudía siempre en compañía de Salinas.

La Junta para la ampliación de Estudios vincula la docencia de Millares tanto con la Residencia de Estudiantes, como con el Instituto-Escuela. Menéndez Pidal le acercó a ambas instituciones. En ellas se pretendía alcanzar una educación completa, mediante actividades prácticas y una mayor proximidad entre alumnos y profesores. El Instituto Escuela fue una experiencia piloto en la reforma general de la segunda enseñanza. A través de la integración en estas instituciones vemos cómo Millares compartió totalmente las ideas renovadoras del profesorado más progresista. Optó por una actividad docente desarrollada en paralelo a la investigación. Lo cual nos explica su pertenencia al Centro de Estudios Históricos, y su entrega a la elaboración de asequibles manuales y monografías en cada una de las disciplinas que impartió.

Cuando marchó al exilio sus actividades docentes tuvieron continuación en centros de talante liberal. El influjo de la Institución Libre de Enseñanza se mantuvo en México a través del Instituto Luis Vives y de la Academia Hispanoamericana. En ellos atendió Millares a la formación de los hijos de los transterrados.

Debe hacerse otra consideración desde la exigencia fundamental de la enseñanza universitaria: integrar el proceso docente con la actividad investigadora. La función principal de enseñar obliga a investigar si se quiere lograr un estilo auténtico. Sin investigación la docencia universitaria se empobrece. Millares Carlo era un profesor que comunicaba bien porque lo hacía desde la actualidad

creadora de quien se enfrentaba de continuo a la solución de los problemas propios de sus ámbitos de investigación. Sus amores disciplinares atendieron siempre en paralelo a enseñar y a pesquisar. La unión de la docencia y la investigación conoció un fruto directo: transmitir aquello que antes se había investigado. Y otro mixto, los manuales que luego comentaremos.

No podía esperarse menos de un profesor de universidad. Y menos aún de quien como don Agustín no fue sólo profesor de una universidad, sino profesor de muchas universidades. Su prolongada dedicación docente conoció a causa de sus mudanzas vitales, períodos largos de tiempo dedicados a universidades bien distantes en el espacio, en el área disciplinar, e incluso en la organización.

Ya hemos comentado el inicio profesional en la Universidad Central de Madrid donde se había formado. Sin embargo no obtuvo en ella su primera cátedra. Fue en la Universidad de Granada donde logró en 1921 la recién dotada cátedra de Paleografía. La dedicación al Latín y la Bibliografía, e incluso la profesión archivística, nunca desviaron a don Agustín de la atención a la disciplina que realmente le atraía, la Paleografía. En Granada, Millares explicó también Pedagogía, pues su docencia se acumulaba a la de la Paleografía, insuficiente para completar su dedicación. El período granadino debemos verlo como el camino indirecto para obtener la cátedra madrileña. La intermitencia de contactos con la capital para estudiar documentos medievales, comisionado por el Centro de Estudios Históricos, no era sino una justificación para no estar sin ver a Paula, su novia, durante mucho tiempo. Así pues, el atractivo de la Villa y Corte no era sólo científico. Este estar sin estar en Madrid fue definido por Galindo Romero como “Paleografía sin hilos”.

En 1923 Millares decidió apostar por su futuro en Madrid. Aceptó de nuevo una Auxiliaría. Meses después moría don Cayo Ortega. Millares aspiraba a su cátedra, pero cedió ante los consejos del Decano Bonilla y San Martín en favor de Pedro Sáinz Rodríguez. Y desde luego porque el Conde de las Navas se jubilaría pronto. Pero aún debería esperar casi tres años antes de alcanzar la plaza que tanto deseaba.

Mientras tanto, en 1924 Millares vivió un anticipo de lo que, por fuerza mayor, iba a ocupar la mitad de su vida: la profesión docente en América. En esa ocasión acudió a Buenos Aires como Director del Instituto de Filología. Se impartía allí un curso con el objeto de consolidar en Argentina los conceptos renovadores de los estudios filológicos que había propuesto en España Menéndez Pidal. Para lograrlo era imprescindible formar un grupo de investigadores que estudiase tanto la lengua castellana, como las indígenas argentinas. Millares sucedió a Américo Castro en la dirección del Instituto, en su segundo año de funcionamiento. Durante el curso atendió también a la Cátedra de Lingüística Romance de la Universidad de Buenos Aires y al Seminario de Letras de la Universidad de La Plata. En el Instituto de Buenos Aires Millares desarrolló un Seminario de Paleografía, otro de Latín y uno más sobre “Historia del Libro”. Viéndose así representadas las principales tendencias disciplinares que siguió su magisterio a lo largo de su vida.

El regreso a Madrid coincidió con la convocatoria de la Cátedra de Paleografía. Durante un año se preparó para las pruebas y en julio de 1926 las superó de manera brillante. Se abrían de este modo los tiempos de su mayor sólidez científica, fundamentados sobre una situación de seguridad en la investigación y la docencia, que se mantuvo hasta la llegada de la Guerra Civil. La ruptura violenta de la convivencia en España supuso para nuestro polígrafo un corte seco en la mayoría de las investigaciones que estaba desarrollando y, en lo docente, la pérdida de las cátedras académicamente tan consolidadas y provechosas. Agustín Millares conoció un exilio progresivo. Francia actuó de puente tanto durante la ausencia gradual de España, como en el momento del abandono definitivo. Al país vecino había acudido para consultar archivos y bibliotecas con la intención de completar el *Corpus de Códices visigóticos* y la *Historia de la imprenta en Barcelona*.

Coincidentemente estallaba la Guerra Civil, por lo que el Gobierno le retuvo en París ocupándole en actividades de propagación cultural. La dedicación docente a la Paleografía y al Latín medieval tuvo entonces continuidad a través de "*L'Ecole des Chartes*". Cada esporádico regreso a España suponía encontrar su cátedra deambulando, cada vez más lejos de Madrid. Primero, integrada en el Claustro de la Universidad de Valencia, luego en el de la Autónoma de Barcelona. Según se apartaba de Madrid se iba derrumbando cuanto había perseguido y alcanzado, tanto en lo personal, como en lo profesional. En una de estas idas y venidas desde Francia murió su mujer, Paula. Cuando aún faltaban casi diez meses para el final de la guerra, Millares sabía que poco le ataba ya a su Madrid tan querido. Y se dispuso a comenzar un exilio que nunca imaginó se fuese a prolongar durante casi cuatro décadas.

La Junta de Cultura Española apoyó oficialmente a los exiliados republicanos en América como testimonio de legitimidad y de continuidad ideológica. Las armas habían derrotado a la II República, pero su gobierno, trasplantado en América, quería manifestar al mundo la trascendencia cultural de la emigración. Inmerso en esta situación, Millares encontró en México la continuidad de las tareas investigadoras y docentes que realizaba en España. Desde su llegada se integró en la Unión de profesores Españoles en el Extranjero, asociación de defensa de los intereses comunes. Y participó en todas las publicaciones periódicas herederas de lo liberal: *España Peregrina*, *Cuadernos Americanos*, *Las Españas*, *Ultramar*. También sus actividades docentes prosiguieron en centros patrocinados por la Junta, cuyo ideario mostraba patentes influencias de la Institución Libre de Enseñanza. Así, el Instituto Luis Vives y la Academia Hispanoamericana, centros de formación para los hijos de los exiliados. Todo era poco para empezar la vida de nuevo, y ante la obligación de mantener una casa grande, Millares tuvo que llevar su magisterio hasta el "México City College", donde enseñó lengua latina. Y sobre todo a la Universidad Nacional Autónoma, donde desarrolló su principal tarea docente en México, prolongada hasta 1958.

La Casa de España, luego llamada El Colegio de México, le recibió también

como investigador y profesor de Paleografía y de Lengua Latina. De esta manera, el dominio del Latín se convirtió en el asidero más sólido para poder afrontar las difíciles condiciones humanas y laborales del transtierro. En la UNAM se ocupó de las cátedras de Paleografía y Lengua y Literaturas latinas, fue investigador del Instituto de Filología y director del Seminario de Lenguas clásicas, alcanzando el cargo de profesor a tiempo completo. Marcos éstos que definen las líneas que siguió su actividad investigadora, y la índole de los principales trabajos dados a las prensas en su primera etapa americana.

Desde la capital federal su enseñanza se irradió a muchas otras universidades tanto de los Estados Unidos mexicanos como del resto de América Central. Impartió cursos de Paleografía en Nuevo León, Monterrey, Querétaro, San Luis Potosí, Puebla y Cuernavaca. Incluso fuera de México, en las universidades de El Salvador y La Habana. Llevó sus clases incluso hasta el Comité Interamericano de Bibliografía en Washington.

La docencia que no era sino la profesionalización de la verdadera vocación investigadora que don Agustín pretendió en España, se convirtió en el camino obligado para salir adelante en América. Si pudo abrirse un hueco en las enormes contrariedades que marcó el exilio fue gracias, más que a ningún otro de sus conocimientos o habilidades, al profundo conocimiento del Latín. A su enseñanza se entregó en el aula y en los libros: sus múltiples textos escolares llenaron un importante hueco en la enseñanza mexicana, tanto media como superior, en lo referente a la Lengua y Literatura Latinas.

También su vocación paleográfica aportó, como había hecho en España, textos docentes muy cuidados. Pero si algo quiero recalcar, desde la presente situación de impulso a los estudios reglados de Biblioteconomía y Documentación en España, es cómo, desde su llegada a México, participó en las enseñanzas de la Escuela de Bibliotecología, y en las investigaciones del Instituto Bibliográfico. La docencia y aplicaciones realizadas en estos centros, luego prolongadas en Venezuela, convierten a quien hoy homenajeamos, en avanzado teórico y precursor de estos estudios universitarios en España.

El guión biográfico del erudito grancanario tuvo un gran segundo capítulo americano, el que discurrió en Venezuela. La Universidad del Zulia, en Maracaibo, quiso contar en su claustro con la presencia de quien tenía bien consolidada fama por su modo de hacer las cosas durante las dos décadas pasadas en México. Venezuela conocía años abundantes por el auge de las exportaciones petrolíferas, y podía permitirse reclutar para sus Universidades al profesorado más competente. La invitación de la Universidad del Zulia fue tentadora, pues la oferta podía solucionar las crónicas penurias que atravesaba la economía familiar desde el comienzo del exilio. En el curso 1959-60 don Agustín comenzaba la segunda parte de su vida americana explicando las cátedras de Griego y Latín, y dirigiendo la Biblioteca General de la Universidad. Contaba sesenta y siete años, y la adaptación al nuevo ambiente fue difícil, por el calor, por la soledad y por tener que encargarse de una asignatura, el Griego, que apenas

había retomado desde los años de estudiante. Si alguna aportación debe destacarse por encima de cuantas emprendió en Maracaibo fue la puesta en marcha de la Escuela de Bibliotecología y Archivología. Fue tal su entrega a la constitución de este Centro que llegó a impartir siete asignaturas durante el curso 62-63. A la vez, mostraba aún capacidad para poner en marcha el Centro de Investigaciones Humanísticas.

Su experta dirección del Departamento de Bibliología y Archivología consiguió situar en pocos años a la Universidad del Zulia a la cabeza de la Investigación Bibliográfica en Hispanoamérica. Superados los setenta años mostraba aún capacidad para atender a todas estas labores docentes, a las investigaciones de Archivística, Bibliografía y Paleografía, dirigía las revistas *Boletín de la Biblioteca General*, *Recensiones*, y colaboraba en cada número de la *Revista Baraltiana* y de la *Revista de Historia de América*. La Escuela de Bibliotecología y Archivística de la Universidad Central de Venezuela, el Archivo General de la Nación y la Universidad de los Andes, en Mérida, fueron centros habituales donde impartió cursos y dictó ciclos de conferencias. Y además mantuvo los compromisos adquiridos desde largo tiempo con México y con España. Demasiado trabajo y poca quietud para quién de esta manera rebasaba el límite de los ochenta años, soñando aún con volver a casa.

En 1975, el decidido apoyo del Cabildo Insular de Gran Canaria logró poner fin a cerca de cuarenta años de distancia. Y Millares Carlo pudo así fijar el último lustro de su vida en la tierra de sus padres. Aún la docencia estuvo presente de una manera regular, si bien hartamente breve. En el curso 1978-79 se encargó en este Centro Asociado de la U.N.E.D. de las clases de Paleografía y Diplomática. Por cierto, con una dedicación y entrega más propias de un novato que de quien había gastado casi siete décadas en comunicar conocimientos a generaciones de alumnos de tantos y tan variados países. Cuando faltó a clase sus fuerzas estaban ya agotadas. Tres meses después muchos discípulos vivimos la amargura de su definitiva ausencia.

Si nos vimos privados de su docencia directa, nos dejó esa otra modalidad de docencia que supera las distancias geográficas y las temporales. Me refiero a las publicaciones con las que un profesor dirige a sus alumnos para que profundicen en las cuestiones propias de una disciplina. Y que en el caso de Millares, entre otras cosas, supuso continuar en España su docencia cuando América se convirtió en su casa. Sus discípulos no podían contar con el maestro en directo, pero su magisterio seguía siendo eficaz y real.

Quiero reseñar aquí sólo las obras destacadas por su función docente, aquéllas que han creado escuela. Comprenderán que otras, surgidas del recurrido "*pro pane lucrando*" para capear las repetidas épocas de vacas flacas, no pueden considerarse por su menor nivel y su afán más divulgador. Por más que a través de ellas haya cumplido también una indudable función docente y formadora.

Si tres fueron las dedicaciones docentes más destacadas en la biografía de don Agustín: el Latín, la Paleografía y Diplomática, y las Técnicas del trabajo

bibliográfico. Estos mismos tres ámbitos han sido, en paralelo, los que conocieron las principales ediciones de obras introductorias, compendios, síntesis o manuales.

La entrega que nos hizo de labores bibliográficas técnicas no fue sino el exponente de su extensa dedicación a la elaboración práctica de repertorios, con el añadido del componente docente surgido tras su adscripción al profesorado de las Escuelas de Bibliotecología. Lo cual nos explica que quisiese llevar hasta los alumnos un corpus inicial de elencos bibliográficos, el *Prontuario de Bibliografía General* (1966), libro de consulta obligada tanto para profesionales, como para estudiosos de la bibliografía. El dominio que poseía sobre las tecnologías de los impresos, y su conocimiento erudito y enamorado de los libros le capacitaron para producir una obra de altísimo valor, la *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas* (1971), de plena vigencia y uso en los actuales estudios biblioteconómicos. Completa esta trilogía su estudio de la metodología bibliográfica, que publicó en 1973 bajo el nombre de *Técnica de la investigación bibliográfica*. Obra ésta que explica los valores aplicativos pertinentes para alcanzar la normalización de uso y la organización adecuada de los datos obtenidos en la indagación sobre materiales impresos. El germen de esta aportación no fue otro sino los apuntes preparados para un Curso impartido en Venezuela en 1964, y que se tituló "*Bibliografía e Investigación*".

En el aula se originaron también la mayoría de las publicaciones que Millares dedicó a la Filología clásica. Sus fieles traducciones facilitaron el acceso de los estudiantes universitarios al mensaje de los clásicos. En México, especialmente, la dedicación a la enseñanza de las letras latinas fue la tarea de mayor continuidad y aprovechamiento. En la Universidad Nacional Autónoma impartió cursos de lengua latina durante veinte años, en los que atendió a todos los niveles de conocimiento de esta lengua. Era lógico que continuase allí publicaciones de carácter didáctico antes empezadas en España. La obra de Millares se encuadra, por tanto, en el esfuerzo de la UNAM por incorporar los clásicos a la cultura universitaria de México que, durante las décadas cuarenta y cincuenta, estuvo protagonizado por la "*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*". Las publicaciones que Millares editó o tradujo para esta colección gozaron todas de la indudable garantía que su gran competencia venía a conceder. En sólido grupo se integran sus versiones de las *Cuestiones Académicas* (1944) y *De los deberes de Cicerón*; *La Conjuración de Catilina* (1944); *La Guerra de Yugurta* (1945) y los *Fragmentos de las Historias* (1945) de Salustio; las *Vidas de los Ilustres Capitanes* (1947) de Nepote; y *Desde la Fundación de Roma* (1955) de Tito Livio.

Esta relación no conforma sino una muestra parcial de sus traducciones, compuesta por un cuerpo de treinta y siete unidades. Que sin duda, para nuestro propósito, se han visto superadas por la publicidad que lograron los manuales de Lengua y Literatura Latina, productos de su afán por extender entre los estudiantes el aprecio al mundo clásico. Su *Gramática elemental de la lengua latina*, con seis ediciones (1935, 1936, 1939, 1944, 1966 y 1967,) y su *Antología*

Latina, con tres (1937, 1941, 1966), llevaron las enseñanzas de la Lengua madre a generaciones de estudiantes. Su profundo amor por la armonía latina produjo además una *Introducción al Estudio de la Lengua Latina* (1944, 1945), y otro manual con el nombre de *Lengua Latina* (1962). E incluso atendió a la belleza creativa y singular alcanzada por los romanos con una completa *Historia de la Literatura Latina* (1950, 1953, 1962 y 1976), revisada y ampliada durante más de veinticinco años.

Igualmente, la enseñanza de la Lengua y de la Literatura, iniciada en el curso gastado en Buenos Aires, tuvo continuación en los años mexicanos. Desde luego conocieron un ejercicio docente constante a través de manuales destinados de forma especial a los alumnos de grado medio: así el *Compendio de Historia Universal de la Literatura* (1949) complementada con una *Antología literaria* (1955). Sobre todo su *Literatura española hasta fines del siglo xv* (1950) fruto de la especial tendencia de Millares Carlo hacia la historia medieval propiciada por sus investigaciones archivísticas y paleográficas.

Pero si, desde luego, la obra y la figura de don Agustín fue conocida por alguna razón se debió sin duda a su *Tratado de Paleografía*, el “Millares” entre los profesores y estudiantes. Es curioso observar cómo los trabajos que realizó en el campo de la Paleografía y Diplomática sólo suponen una parte, pequeña si la comparamos con el resto de labores por él emprendidas, pero que sin embargo le llevaron a alcanzar el mayor reconocimiento científico.

La primera entrega de sus manuales llevaba el nombre de *Ensayo*. Publicado en 1929 vino a ser un embrión del *Tratado de Paleografía española* de 1932. Dos libros que en realidad presentan diferencia sólo en el mayor caudal de datos que recoge el segundo, ya que su disposición y contenidos resultan bastante similares. El *Tratado* se convirtió en manual básico para los discentes de paleografía española. Ya decíamos antes que su fama fue tal, que se le llegó a confundir con el apellido del autor. El libro y la persona se convirtieron en dos entidades inseparables. Vino a abundar en esta asociación la tercera edición de 1983, cuyo coautor, el profesor Ruiz Asencio, nos ha descrito estos días con sobrada profundidad.

Su inapreciable labor docente en Hispanoamérica conoció también una extensión publicística. El fruto principal de este período tomó el nombre de *Álbum de Paleografía Hispanoamericana de los siglos xvi y xvii* (1955), realizado en colaboración con José Ignacio Mantecón. Aún hoy es utilizado con profusión en el trabajo diario en el aula.

No puedo abusar de su benevolencia considerando cada una de las obras menores que se perfilaron en el aula. Créanme si les digo que, como sucede con la mayoría de las magnitudes de su obra, alcanzaron cifras soberbias.

Por desgracia don Agustín se nos marchó físicamente y su obra personal, aún sin estar totalmente difundida, se cerró con su ausencia. Sin embargo, su magisterio ha continuado. Su estímulo, junto al vigor y la fuerza de su obra, sigue entre nosotros con plena vigencia. El ejemplo de sus trabajos técnicos, del

detalle cuidado hasta el extremo, de la exhaustividad en la descripción de las fuentes, de la búsqueda incansable de información nos alientan y encaminan. Si queremos lograr resultados sólidos en la investigación y en la docencia debemos seguir sus maneras, por más que los medios hayan variado. En este contexto cabe una última observación sobre su docencia, si consideramos la función primordial del Seminario Millares Carlo. Don Agustín depositó aquí sus pertenencias académicas en forma de un gran legado bibliográfico y manuscrito, testimonio de una larga vida entregada al estudio. Y lo hizo para que los alumnos del Centro Asociado de Las Palmas se adiestrasen en la investigación o profundizasen en las disciplinas que siempre le atrajeron. La valoración de este semillero de investigación mantiene abierto su magisterio, y define a su obra como abierta e inacabada.

Si empezaba mi charla con referencias personales, es inevitable que retome ese sentido para finalizarla. Me siento deudo discipular del maestro canario entre la legión de alumnos cuyos conocimientos se vieron por su medio aumentados. Insignificante entre aquéllos que de su mano se adentraron en la Archivística, Bibliografía, Biblioteconomía, Diplomática, Filología, Historia, Lengua latina, Lingüística, Literatura, Paleografía. Cuyas disciplinas impartió en centros de dos continentes. Y cuyos resultados no pueden ser más palpables. Si nos encontramos aquí reunidos se debe a que, de alguna manera, todos los presentes nos consideramos seguidores de su enseñanza. La continuidad depende ahora de nosotros, de que desarrollemos las investigaciones y los proyectos que nos legó. De que las instituciones apoyen todas las empresas cognitivas por él iniciadas. Y también de que el esfuerzo particular contribuya a dar salida a objetivos dignos de las mejores atenciones.

Si mis palabras han venido a recordar lo más relevante del magisterio vital y biográfico de Agustín Millares Carlo, han sido posibles por todos quienes han trabajado en honrar su memoria organizando este Congreso. Gracias por recordarnos que su obra merece continuarse, y por buscar cómo proseguirla.

Gracias también por la amabilidad de todos los presentes. En especial de quienes han acudido a esta convocatoria dejando tantas tareas pendientes. Pero sobre todo gracias a cuantos con sus atenciones y trabajo permiten que la docencia del añorado profesor haya podido continuarse después de su ausencia física.